

Capítulo 45 - Sirenas - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Referencia del 3 de Julio]

- Capítulo 45 - Sirenas - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Referencia del 3 de Julio]

Capítulo 45 - Sirenas - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Referencia del 3 de Julio]

Sebastien

Mes 12, día 7, lunes, 12:45 p.m.

No era la primera vez que Sebastien escuchaba sirenas de aberración. Sin embargo, la experiencia anterior no lograba calmarla, pues el sonido solo le evocaba recuerdos que preferiría olvidar. Miró a su alrededor en busca de signos de caos y destrucción, pero solo vio estudiantes en pánico y profesores guiándolos hacia la seguridad.

Con su maletín escolar en una mano y su conducto en la otra, se integró a los estudiantes que se congregaban en el atrio central de la biblioteca. Todo el planta baja del edificio estaba llena.

“Escuché a alguien decir que era una Aberrante,” dijo una joven. “¿Sabes dónde apareció?”

“Quizás no sea una Aberrante,” dijo una mujer mayor con tono reconfortante. “Las sirenas no distinguen entre distintos peligros mágicos. Podría ser simplemente un hechicero de sangre descontrolado lanzando magia peligrosa.”

Un hombre cercano añadió: “¿Sabes que los usuarios de magia de sangre tienen más probabilidades de mutar en Aberrantes, verdad? Eso no es exactamente tranquilizador.”

Un niño se inquietó, mirando alrededor como si un monstruoso mutante pudiera aparecer detrás de uno de los otros estudiantes. “Mi hermana mayor es cobre. Me dijo que la última vez que sonaron las sirenas, fue un elemental solto, una sílfide enloquecida del Plano del Aire. Alguien intentó invocar algo demasiado ambicioso sin defensas suficientes, y salió mal. La sílfide ahogó el aire de una cuadra entera de gente. Sin una gota de agua.”

Habló en voz alta, y algunos de los presentes se tocaron el pecho y la garganta como para asegurarse de seguir respirando correctamente.

Sebastien sabía que eso era nada comparado con la destrucción que la Aberrante correcta podía causar. “Al menos, se puede razonar con una sílfide.” Afortunadamente, la mayoría de quienes perdían el control de su magia eran simplemente asesinados o quedaban con discapacidades mentales. Era raro que un hechizo saliera tan mal que el hechicero mutara.

“¿Y si es un ataque contra las defensas de la ciudad?” preguntó alguien.

“Eso es ridículo,” refunfuñó otro. “Incluso los Titanes sabrían que no es sensato sitiar Gilbratha. Las defensas son irrompibles.”

“Podría ser el kraken.”

“El kraken no ha sido visto en los últimos doscientos años. Es una Aberrante, te lo aseguro.”

“No importa qué sea, nada pasará por las defensas de la biblioteca. Fueron conjuradas por el Archimago Zard,” dijo la mujer mayor, poniendo un brazo alrededor de su amiga asustada.

Eso pareció tranquilizar a la mayoría de los estudiantes hasta que una chica susurró: “Pero tengo familia en la ciudad... ¿Qué hay de ellos?”

“Si saben qué hacer, irán a los refugios,” dijo un niño.

Sebastien quería gritarles a todos que se calmaran, quería pasear de un lado a otro, anhelaba lanzar algún hechizo para sentir que realmente hacía algo útil. Se abrió paso entre la multitud y concentró su voluntad. Creó un círculo con las manos, con los dedos medios tocándose los pulgares, y con el meñique retorcido en torno a su conducto, haciendo vibrar un susurro profundo en su pecho, activando el hechizo de calma esotérico que Newton le había enseñado.

Mientras forzaba a su cuerpo a tranquilizarse, quedó claro que su agitación era mucho mayor de lo que había sospechado. Su ritmo cardíaco se desaceleró, las sustancias químicas que generaba el estrés en su sangre se enfriaron, y sus músculos se relajaron más con cada profundo suspiro.

Cuando finalmente abrió los ojos, el pánico de los otros estudiantes le parecía un poco absurdo. “Estamos a salvo. Y aunque no lo estuviéramos, quedarnos sentados y preocuparnos no nos hará más seguros. Si no estamos ya preparados, entonces ya es demasiado tarde. Es mejor seguir adelante con la vida”. Ella no se permitía el lujo de perder tiempo inútilmente.

Sebastián se abrió paso entre la multitud para usar uno de los cristales de búsqueda, quemando una carta con palabras clave sobre la adivinación en su trípode. Había recogido un montón de libros y buscaba una mesa apartada cuando notó a Newton en un lugar que parecía perfecto. Con la biblioteca abarrotada, no había muchas otras opciones.

“¿Puedo sentarme aquí?”, preguntó. Sus hombros comenzaban a tensarse nuevamente por los gritos de las sirenas y la tensión palpable de la multitud. La racionalidad que había logrado alcanzar ya comenzaba a ser desplazada por una profunda desconfianza, mientras sus ojos se movían rápidamente en señal de sospecha.

Newton levantó la vista lentamente, como si hubiera estado concentrado en el manojito de notas manuscritas frente a él, pero sus ojos no se desplazaban por la página, sino que permanecían fijos en un mismo punto. "Oh, hola, Sebastián. Claro, siéntete libre de acompañarme, siempre que no esperes una compañía entretenida. Me temo que estoy un poco... pre ocupado". Su rostro estaba tenso, y aunque mantenía una postura correcta, algo en sus ojos faltos de concentración reflejaba un cansancio profundo.

Ella se sentó, con la espalda un poco demasiado recta, incluso para ella. "Mucho mejor. Preferiría no estar aquí, especulando".

Cuando las sirenas se detuvieron de repente un par de minutos después, Newton respiró profundamente, pero sus dedos continuaron jugueteando con su papel hasta que quedó inutilizable. De alguna manera, parecía tanto aliviado como aún más preocupado.

Sebastián intentó ocultar su propio alivio. Si las sirenas habían cesado, eso significaba que los policías confiaban en que habían resuelto el problema, o al menos que estaba contenido y ya no representaba un peligro potencial para toda la ciudad. Aun así, tendrían que esperar confirmación antes de abandonar la biblioteca.

Observó a Newton. "Ese hechizo que me enseñaste es útil. Sobre todo en situaciones como esta", dijo, tratando de disimular su preocupación.

Él la miró fijamente durante unos segundos largos.

"También me quedó un poco de esa poción contra la ansiedad del infirmario", agregó.

Él le sonrió levemente. "¿Esto es invirtiendo los papeles, Sebastián? ¿Tú cuidándome a mí?".

Ella se encogió de hombros. "A veces, cuando estás realmente cansado, no te das cuenta de lo difícil que estás luchando contra ello. Tu cuerpo se tensa hasta convertirse en una pequeña roca tensa en el borde de un precipicio. Si puedes descansar, cuando despiertas todo parece un poco más manejable, y tienes la opción de ser flexible en lugar de romperte".

"Buen consejo. Casi como si tuvieras experiencia personal", dijo, con una sonrisa irónica en los labios.

Ella rodó los ojos. "Estoy acostumbrada a la fatiga. Son las personas las que me molestan".

"Eso creo", dijo él, riéndose tras la mano. Pero entendió su pista y permaneció unos minutos tarareando, realizando el mismo hechizo esotérico que ella le había enseñado.

Cuando abrió los ojos, ella levantó la vista del molesto y oblicuo libro de adivinación que intentaba leer.

"Tenías razón, estoy cansado", dijo. "Pero también estoy acostumbrado a la fatiga. Lo que me preocupa es que mi familia está allí afuera en la ciudad, posiblemente en peligro".

“Oh.” No tenía idea de qué decir ante eso.

“No viven en el mejor vecindario,” continuó Newton. “Y, como quizás no te sorprenda saber, los refugios de emergencia en Gilbratha están a tope en las zonas más pobres. A veces, hay que sobornar a los guardias para ingresar. Y mi familia... bueno, mi padre se ha enfermado. Ha estado sin trabajo durante las últimas semanas, y sin él—” Newton apretó los labios y negó con la cabeza. “Todos los Moore somos testarudos. Solo me preocupa que hayan decidido quedarse en casa, cerrar las puertas y esconderse debajo de las camas en lugar de rogar ser admitidos en un refugio.”

Newton ya estaba preocupado por el dinero, dedicando su tiempo libre a enseñar y a asumir el trabajo de enlace estudiantil para aliviar la carga de la matrícula. Si su familia era tan pobre sin los ingresos de su padre que tenían que preocuparse por no poder pagar los refugios, seguramente no podrían costear que Newton continuara sus estudios. “¿Hay otros taumaturgos en tu familia? ¿Alguien con quien puedas intercambiar hechizos de mensajería?” preguntó Sebastien.

Negó con la cabeza. “Mi madre y mis hermanas conocen algo de magia de cocina y algunas cosas esotéricas, pero no son magas. Ni siquiera tienen verdaderos Conductos. Tampoco son lo suficientemente poderosas para defenderse. Mi abuela quizás habría podido armar algo, pero ahora empieza a volverse senil, y yo tengo su viejo Conducto.”

“Las sirenas han dejado de resonar, así que probablemente nos dejen salir pronto. Puedes ir a verificar personalmente. Dudo que alguien note que falta una clase después de todo este caos.”

“Tienes razón,” dijo, relajándose un poco.

Ella vaciló, dándose cuenta de que quizá sería de mala educación preguntar, pero no pudo evitar hacerlo. “¿Tu padre era la principal fuente de ingresos para tu familia?”

Apretó los labios. “Sí. Y sé a qué te refieres. No tengo un patrocinador en la Universidad. Si no se recupera...” Respiró profundo. “Sin la ayuda de mi familia, no puedo pagarme los estudios. Es demasiado. Pero si me retiro ahora—” hizo una pausa, aclaró la garganta y continuó en un tono calmado y firme— “Los aprendices no ganan lo suficiente para mantener a una familia y ahorrar, especialmente al principio. Podrían ser diez años o más antes de poder volver a continuar mis estudios. Quizá nunca, si los gastos del sanador para mi padre se vuelven demasiado elevados. No quiero quedarme haciendo tareas rutinarias para un Maestro toda mi vida.”

Sebastien quiso sugerir que Newton llevase a su padre al Alce Verde y viera si podían ayudar en la tienda de alquimia, o conectarlo con algún sanador asequible, pero no lo hizo. Sebastien Siverling no debería tener manera de conocer las operaciones del Alce Verde. 'Hablaré con Oliver al respecto. Quizá pueda encontrar alguna forma de hacer llegar la información a la familia de Newton de manera más discreta,' se dijo a sí misma.

Las puertas de la biblioteca permanecieron cerradas durante más de una hora, hasta que el personal de la sección administrativa del edificio recibió la confirmación de que era seguro liberar a los estudiantes.

Newton y la mayoría de los otros estudiantes se marcharon apenas pudieron, pero Sebastien permaneció, leyendo sobre adivinación mientras esperaba su próxima clase. Le costaba concentrarse, su mente regresaba una y otra vez a lo que podría haber causado las sirenas mágicas fuera de control.

La adivinación era la única rama de la magia que no le interesaba particularmente. Cuando era más joven, fantaseaba con obtener pistas de los espíritus o con ver el futuro en un cuenco de agua. Resultó que, más allá de cosas básicas como buscar agua con varillas o la adivinación sentimental de un lugar, la mayoría de los humanos no estaban hechos para la verdadera adivinación. Los muy talentosos podían recibir pistas vagas sobre futuros posibles o respuestas a preguntas específicas, pero Sebastien había descubierto que rara vez podía siquiera adivinar qué carta seguiría en una baraja barajada, mucho menos divinar el futuro.

Todo eso para decir que ella no tenía mucho conocimiento ni experiencia en adivinación, lo cual implicaba que detener los intentos de oracular sería un proceso que requeriría una exhaustiva investigación. Esperaría hasta mañana para comenzar a practicar los hechizos, al menos por ahora. No quería forzar demasiado su recuperación, aún frágil.

No se sentía más confiada en su plan al abandonar la biblioteca para asistir a la clase de Conjunción Práctica de Lacer, pero estaba decidida. No existía problema que una combinación de magia, poder y astucia respaldada por el conocimiento no pudiera solucionar.

‘Debo priorizar, sin duda,’ admitió. ‘No puedo dedicarme a practicar nuevos hechizos útiles, investigar sobre conjuros para dormir y aprender sobre sanaciones de emergencia, todo al mismo tiempo que trabajo en esto. Todo lo demás, excepto los estudios y recuperar mi sangre de las autoridades, tendrá que esperar.’

Todos los estudiantes seguían absortos en el efecto de las sirenas anteriores, y la clase se llenaba de conversaciones mientras esperaban la llegada del profesor Lacer. Era habitual que entrara con su abrigo ondeando tras él después de que todos los alumnos estuvieran sentados unos minutos, pero los minutos pasaron y Lacer aún no hacía acto de presencia.

“Tal vez no venga,” afirmó Westbay, quien había decidido sentarse junto a Sebastien.

“¿Por la causa del incidente de las sirenas?” preguntó ella.

“A veces, lo llaman desde la Universidad para tratar casos especiales, si la Guardia Roja tarda en llegar o si la policía necesita un asesor experto.”

“También hay rumores de que en algún momento formó parte de la Guardia Roja,” añadió lentamente.

Westbay encogió los hombros. “¿Quién sabe? Hay muchos rumores sobre él, y la mitad son totalmente ridículos.”

“Pensé que... Es amigo de tu familia, ¿verdad? ¿No lo conoces?”

Westbay le lanzó una mirada seria. “Estoy halagado de que pienses tan bien de mí, pero sabes que los rangos de la Guardia Roja son confidenciales, ¿verdad? La familia Westbay se encarga de la seguridad interna de la ciudad, pero yo solo soy el segundo hijo, ni siquiera he terminado la Universidad. Realmente no me cuentan nada importante,” dijo con irritación.

Los otros alumnos comenzaban a hablar sobre la ausencia de Lacer, y cuando uno de ellos especuló que el kraken del Golfo de Charybdis lo había devuelto a su guarida marina porque quería su semilla para su prole, Westbay levantó las cejas como diciendo: “¿Ves? Yo les decía que inventan los rumores más ridículos.”

Ella admitió ese punto con una mueca.

Treinta minutos después de la hora prevista para el inicio de la clase, el profesor Lacer seguía sin aparecer, y cualquier disciplina que los estudiantes hubieran podido mantener se había disipado por completo, mientras se dedicaban a chismear y a trabajar en tareas de otras asignaturas.

“Probablemente fue un Aberrante,” dijo un hombre sentado cerca de Sebastien, atrayendo de inmediato la atención de los estudiantes lo suficientemente cercanos para escucharlo. “Gilbratha tiene al menos un ‘criatura del mal’ por año, en promedio, así que no sería sorprendente.”

La mujer con quien conversaba frunció el ceño. “¿Alguien experimentando con magia de sangre? ¿Algún hechizo maligno?” Hizo una delicada mueca de escalofrío. “No puedo imaginar por qué alguien se metería en eso, sabiendo las consecuencias.”

Sebastien sabía que los Aberrantes eran bastante raros, pero también era cierto que la mayoría de los incidentes provenían de taumaturgos que se aventuraban en temas inmorales y corruptían su Voluntad. Si Gilbratha tenía uno cada año, era solo por la alta concentración de taumaturgos, tanto legales como criminales.

Una joven, claramente una plebeya por la calidad modesta de su ropa, se inclinó hacia los dos. “¿Todos los seres de maldad son Aberrantes? Pensé que algunos de ellos eran... bestias, o Elementales malvados, o algo así.”

El hombre encogió los hombros. “Bueno, podrían serlo. Solo quienes no saben realmente de qué hablan usan términos más ambiguos, como ‘criaturas malignas’. Gente común y no taumaturgos. Es un término general para cualquier elemento mágico insurgente que viva”.

La mujer dijo, “Bueno, Aberrante o lo que sea, la Guardia Roja ya se encargó de ello, y lo sabremos pronto, cuando terminen su investigación. No les tomó mucho tiempo enviar la señal de que todo estaba en calma, así que seguramente no fue demasiado difícil de manejar.”

Junto a Sebastien, Ana asintió. “Eso es cierto. Cuando era niña, estuvimos atrapadas en el refugio del sótano casi dos días. Mi madre temía que tuvieran que establecer una zona destrozada justo en medio de Gilbratha. Un hechicero bastante poderoso había corrompido su Voluntad y quebrantado al intentar revivir un cuerpo recientemente muerto. La Guardia Roja tardó un tiempo en descubrir cómo lidiar con el Aberrante que resultó de ello.”

Westbay lucía sombrío. “Recuerdo eso. Titus estaba en la Universidad, y mi padre se ocupaba del incidente. Todo el tiempo, solo estábamos yo y los sirvientes, esperando noticias. Todos los Aberrantes tienen alguna debilidad, una forma de contrarrestar su poder. Solo hay que encontrarla.”

Sebastien frunció el ceño. “¿Qué pasa con Aberrantes como Metanite o el Sabio Rojo? Parece que la Guardia Roja ya habría descubierto su debilidad si realmente la tuviesen. Metanite ni siquiera está contenida dentro de una zona destrozada.” Las zonas destrozadas eran un efecto de la más poderosa barrera del mundo, que podía contener casi cualquier cosa. Creaban cúpulas cerradas y blancas como la nieve, artificiales, y se usaban exclusivamente para mantener alejados a los Aberrantes que no podían ser eliminados o neutralizados de otra manera. Metanite destruyó la zona que la rodeaba, así como todo lo que tocaba con su forma negra como el vacío.

Westbay negó con la cabeza. “Que no pueda ser eliminado no significa que no tenga contramedidas. Metanite es lento y no muestra signos de inteligencia. Con suficiente vigilancia, la magia para deformar el espacio es suficiente para enfrentarlo. Y el Sabio Rojo está contenido dentro de una zona destrozada.”

“Pero no se ha detenido,” argumentó Sebastien. “Cualquiera sea la habilidad del Sabio Rojo, es o invitar a personas a escuchar sus profecías o manipular la realidad para que éstas se cumplan, incluso desde dentro de su zona destrozada.”

La hechicería que creaba zonas destrozadas no impedía que criaturas conscientes, que pudieran dar su consentimiento informado, entraran en la barrera, ni que salieran siempre que no hubieran sido contaminadas por algún efecto tangible o mágico en su interior. Ella no sabía por qué, pero la Guardia Roja generalmente evitaba que la gente entrara, o lo intentaba, con una barrera secundaria, e incluso, a menudo, con un muro. El Sabio Rojo podía ver el futuro, supuestamente, y lo que profetizaba se cumplía. Sin embargo, pronunciaba destinos mejores para quienes le agradaban y terribles para quienes no, y todas sus profecías se cumplían de la manera más horrible posible. La gente desesperada encontraba maneras de pasar las medidas de seguridad, con la esperanza de sobornar al Aberrante para que reciba una profecía favorable, sin importar la destrucción que el cumplimiento de la profecía inevitablemente causaría en el mundo y en las vidas de quienes los rodeaban.

“Claro, pero la Guardia Roja trabaja para mitigar los efectos de las profecías, así como para limitar quién puede hablar con el Sabio Rojo. En al menos cien años, no ha habido desastres mayores. La Guardia Roja ha conquistado casi todo, y está casi completamente controlado. Imagínate lo que podía hacer, sin restricciones.”

“Pero eso es todo lo que pueden hacer. Limitarlo. Igual que la Compañía del Amanecer. Cada año mueren decenas de personas por esa misma causa.”

“De nuevo, porque la gente es estúpida y visita a propósito a la Compañía del Amanecer, con la esperanza de obtener un don. No es culpa de la Guardia Roja. Quien no sea idiota o suicidamente imprudente está a salvo de la Compañía del Amanecer.”

“Si suficiente gente no visita, el acuerdo con el Anómalo es que puede salir a cazar,” dijo Sebastien. “Eso es lo que pactaron. ¿No crees que eso tiene algo que ver con por qué los periódicos informan cada vez que alguien logra salir con vida con un don? Invita a los idiotas a ofrecer su propia vida para que no sea tan obvio que la Guardia Roja realmente no tiene manera de detener a la Compañía del Amanecer. ¿Y qué hay de Lugubrious? ¿Ciervo de ceniza? Ni qué decir de esos Anómalos que tú y yo ni siquiera sospechamos que existen. ¿Puedes decirme sinceramente que no crees en su existencia? ¿Anómalos que no pueden atrapar? ¿Que ni siquiera saben que existen?” La voz de Sebastien se había vuelto más dura, más aguda, y ella se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia él, mirando fijamente a sus ojos.

La gente la miraba fijamente.

“Sabes mucho, Sebastien,” dijo una chica a pocas bancas de distancia con una sonrisa fingida que carecía de verdadera consideración y que hacía que Sebastien quisiera darle una bofetada para quitarle esa expresión de la cara.

Sebastien se recostó, mirando hacia otro lado, expulsando un respiro profundo y cortante.

Ana observó a Sebastien. “Sabes bastante sobre esto, ¿verdad?”

“Pareció bastante prudente al menos hacer una investigación básica sobre criaturas que aparecen de la nada y pueden acabar con toda una ciudad,” dijo Sebastien. No podía entender por qué más personas no estaban interesadas en aprender todo lo posible sobre los Anómalos.

A lo sumo, los incidentes se reportarían en los periódicos y habría advertencias sobre el peligro de la magia sanguínea y de los taumaturgos no autorizados ni adecuadamente entrenados. Ella estaba segura de que alguien investigaba extensamente a esas criaturas—¿de qué otra forma la Guardia Roja estaría equipada para enfrentarlas?—pero, como persona común, un civil, tratar de obtener información sobre los Anómalos o sobre el colapso mental que los produce era un ejercicio frustrante. Los que estaban en el poder probablemente no querían causar pánico, mientras que la gente común solo quería seguir con su vida tranquilamente, fingiendo tontamente que nada tenía que ver con ellos, que no les afectaría. Incluso en la biblioteca de la Universidad, la mayoría de esa información se mantenía en el tercer piso o en las secciones restringidas del subsuelo.

“Es una verdadera amenaza. Un peligro para todo el mundo. Los Anómalos no mueren de viejos y siguen siendo creados,” añadió en un tono más calmado. “Solo se necesita uno para destruir todo lo que has conocido y apreciado,” pensó en silencio.

“Quizá deberías unirme a la Guardia Roja,” dijo Westbay. “No son perfectos, pero protegen bastante bien a Lenore. Necesitan gente poderosa y apasionada por proteger el país.”

Sebastien no sabía cómo responder a eso, atrapada entre la sorpresa, la diversión y la negación.

Ana se apartó de Sebastien, colocando una sonrisa radiante. “A pesar de todo, la Guardia Roja sin duda ha actuado con valentía en esta ocasión,” afirmó. “¿Hablamos de algo más agradable? Escuché que el profesor Boldon propuso matrimonio a una de sus asistentes estudiantiles.”

Los demás quedaron atrapados por esta declaración casi escandalosa, y Sebastien aprovechó el respiro para reprocharse a sí misma por haber permitido que su interés en el tema superara su discreción. Se dejaba llevar fácilmente por discusiones teóricas, a veces sin pensar en cómo afectaba eso a su audiencia y qué era apropiado revelar acerca de sus opiniones.

No mucho después, un asistente estudiantil entró y les informó que la clase había sido designada para estudiar por cuenta propia en ausencia de su profesor. El asistente se acomodó detrás del escritorio de Lacer, en la esquina frontal del aula, y empezó a garabatear en un papel mientras los observaba, como si quisiera registrar su cumplimiento en la tarea.

Westbay se volvió rápidamente hacia Anastasia. “Yo comenzaré formando pareja contigo y Siverling podrá observarnos y darnos algunas sugerencias.”

Sebastien levantó una ceja, pero no protestó.

Ana dudó, mirando a Sebastien. “¿No te molesta? Después de todo, en unas semanas estaremos compitiendo entre nosotros.”

Westbay negó con la cabeza con superioridad. “Siverling no es tan egoísta como para no dejar de practicar por un solo período y ayudar a sus amigos. ¿Verdad, Siverling?”

“...Correcto.”

Ambos prepararon el array de hechizos y competieron durante unos minutos mientras Sebastien observaba. Luego, se detuvieron y se volvieron hacia ella con expectativas. “¿Y bien?” preguntó Westbay.

Ella los miró fijamente durante unos segundos. ‘¿De dónde surge esta anticipación brillante? ¿Son tan valiosos unos pocos consejos de mi parte? Bueno, supongo que soy mejor que cualquiera de los dos.’ Carrasé la garganta. “¿Qué visualizan ambos cuando hacen mover la esfera?”

Anastasia miró insegura entre Sebastien y Westbay. “Umm, solo imagino que la esfera... se mueve?”

“¿Cómo? ¿Qué lo hace moverse? ¿Se mueve por sí sola?” preguntó Sebastien.

"Imagino una fuerza invisible detrás de ella, que la impulsa", dijo Westbay.

Sebastien tocó pensativamente su índice sobre la mesa. “Westbay, tu visualización parece ser un poco más sólida que la de Ana. Y ambos han practicado mucho este hechizo, así que no hay mucha ineficiencia. Pero... Will no se trata solo de cuánta energía canalizas o de cuán eficiente eres en ello. Al menos, así me parece a mí. Cuando sabes exactamente lo que quieres, tan claro como el celerio de alta calidad, y lo deseas con mucha, mucha intensidad, eso marca la diferencia. Saber exactamente lo que quieres puede ser complicado, pero una forma sencilla de crear efectos como éste es pensar en cómo los crearías sin magia. Podrías mover la esfera con el dedo, y eso funcionaría, pero nunca alcanzarás velocidad o eficiencia reales con eso. Sería mejor manejarla como si fuera una piedra en la honda de un pastor. Si lo manejas mentalmente, un engranaje que

hace que la esfera dé dos vueltas, o cien, por cada revolución del mecanismo... Mi punto es, la visualización importa.”

Damien garabateó algunas notas en un pedazo de papel mientras ella hablaba. “Creo que entiendo. Dame un momento para idear un modelo.”

Sebastien se volvió hacia Ana. “No te importa demasiado el resultado. No preguntes, no órdenes, simplemente...cree. Hay una razón por la que se llama la Voluntad. Debes convertirte en un dios, en una fuerza de la naturaleza, y la esfera se mueve porque las leyes de la realidad que tú creaste dicen que debe moverse.”

Ana la miró fijamente durante un largo momento. “¿Es así como tú lo haces?”

Sebastien soltó una carcajada. “Creo que todo buen taumaturgo debe ser un poco narcisista, ¿no?”

“Suenan... atractivo, ese tipo de control.”

“Por supuesto. La magia es... es la tela que se halla debajo de la realidad. Está en todo. Cuando tocas la magia...” Sebastien negó con la cabeza, sintiendo cómo una electricidad visceral recorría su piel al pensarlo, erizando cada uno de los vellos y poniendo su sangre en ebullición. “No hay nada más valioso.” Su mano había agarrado su conducto sin que ella se diera cuenta, y lo soltó, recostándose y rodando los hombros. “Muy bien. Intenta de nuevo.”

Lo hicieron. La mejora no fue enorme, especialmente considerando que ya tenían mucha experiencia lanzando el mismo hechizo una y otra vez, pero fue claramente perceptible. Quizá un incremento del cinco por ciento en su poder, y aproximadamente la misma mejora en su eficiencia. Esto les sacó una sonrisa enorme a Westbay y provocó una profunda carcajada en Ana. Todos los que estaban cerca fijaron su atención en ellos.

“Realmente eres un genio,” dijo Westbay. “Esto es como si acabara de ganar diez thaum en cinco minutos de trabajo.”

Una muchacha cuyo nombre Sebastien había olvidado se inclinó, acomodándose el cabello detrás de la oreja. “¿Estás repartiendo propinas, Siverling? ¿Enseñando la clase en lugar del profesor Lacer?”

“No tengo nada que decir que ya no sepas,” respondió Sebastien sin rodeos.

A pesar de que acababa de instruirlo, Westbay cruzó los brazos sobre el pecho y lanzó una mirada severa a sus curiosos compañeros. “Concéntrate en tus propias mesas,” les ordenó con firmeza.

Y así, transcurrió el resto de la clase de esa manera, con Ana y Westbay practicando mientras Sebastien los observaba y les daba pequeños consejos para mejorar su desempeño —y sus compañeros, sin demasiado disimulo, seguían escuchando atentos.